

América en los libros

El testigo, Juan Villoro, Anagrama, Barcelona, 2004, 470 pp.

Esta novela de Juan Villoro sirve de expresión a un estilo que se puede descifrar como característico del autor mexicano, pues arranca en la promiscuidad genérica; es decir: en ese encaje posmoderno que cierta crítica proclama con megafonía. Flexible, el autor da desarrollo a su relato atendiendo a fórmulas privilegiadas: la crónica, la reflexión moral, lugares comunes del relato policial, cavilaciones satíricas y aforismos de oportuno recuerdo. ¿De qué proceso parte esta emulsión? Difícil es detallarlo, más difícil aún explicarlo. El propio escritor ha declarado que la idea central de *El testigo* —abramos otra ventana— proviene de una cinta documental. Dado su argumento, se entiende que el novelista la tomara como base inspiradora: en la película, un académico interpreta un milagro religioso como si fuera posible fundamentarlo con pruebas. A partir de dicho esbozo, la deriva literaria que idea Villoro sustituye el prodigio espiritista por un fantasma literario.

El protagonista de la novela, Julio Valdivieso, es un intelectual mexicano que retorna a su tierra natal tras vivir durante veinticuatro años en Europa. En este colofón de su odisea, el tal Julio reinterpreta la actualidad sociopolítica del país en una clave sentimental y ensoñadora, filtrando o deformando capítulos del pasado en el relato del presente. Al exiliado se le asigna la condición de testigo: quienes lo reconocen le atribuyen una nueva dignidad, la de alguien que ve con otros ojos porque atesora memorias fundamentales.

Sin embargo, la figura se mueve en la incertidumbre de quien intenta enfocar la realidad por medio de un visor imaginario, pues éste y no otro es el adjetivo que cuadra al México que ha ido fraguando en su destierro: una patria virtual, fantástica, inasequible y anhelada. Un espacio arquetípico, sobre un paisaje detenido. Así, cuando un colega le invite a asesorar una teleserie sobre la Cristiada, Julio desempolvará sus archivos familiares en busca de unas raíces que también atañen a espectros legendarios. Por ejem-

plo: el de la mujer a quien amó y el del poeta Ramón López Velarde. La pesquisa, ya se ve, propende a monólogo y duermevela.

La lectura de *El testigo* admite un viso alegórico, y aquí es donde los matices llegan al extremo. El panorama al que Valdivieso se acerca es poco alentador. Los años del PRI han dejado su huella en la carpintería nacional, y determinan el tipo de criaturas que proliferan en torno al protagonista: intrigantes, tipos ahítos de ambiciones no digeridas, gente baldía, vulgar o pretenciosa, pícaros de actitudes rápidas, y por supuesto, ciudadanos resignados ante los sacudones sociales.

Villoro pinta costumbres con enorme eficacia. La novedad, en este caso, es su proximidad al personaje principal. He aquí un detalle sabroso, pues Julio Valdivieso comparte con su creador varias señas: iniciales, edad y profesión, así como los síntomas de esa dolencia que llaman el síndrome de Ulises. Esto es: la restauración del punto de partida, el retomo a una patria que es laborioso -y aun imposible- recobrar. Código de reconocimiento: una sombra perdida, como la que Chamisso imaginó. Por esta vía, cabe interpretar el desarraigo de Valdivieso como una sublimación de las nostalgias experimentadas por Villoro en Alemania y desde España.

Bueno será observar que *El testigo*, aun en su contorno local, explica cómo se debe escuchar la voz del pasado, y qué beneficios reporta al curioso escucharla con cautela. Puede decirse que la novela señala hasta qué punto hay una disidencia entre lo que recordamos y lo que desmiente la historia, entre lo que pasa y lo que hiperbolizan los medios masivos, entre lo que calculamos y la contabilidad paralela que nos descubre el porvenir.

Travesía liberal, Enrique Krauze, Tusquets Editores, México D.F., 2004, 426 pp.

Durante la presentación de este ensayo en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, Mario Vargas Llosa elogió con agudeza a su autor: «Proclamarse liberal en unos tiempos en que ese término designa a los explotadores, a la gente fría, indiferente al sufrimiento, o a quienes apoyan políticas económicas tachadas de injustas, es un gran acto de coraje». En efecto, la obra de Krauze evita con valentía esa torpe corrección política, esa simpleza que coincide con cierta rutina contemporánea; y a partir de esta cautela, incorpora a sus páginas una rica

tradición de pensamiento que el ensayista tantea con gesto de gratitud.

Aunque la calificación sea un poco elemental, puede hablarse de esta *Travesía* como de unas memorias. Los libros y los pensadores preferidos por Krauze acompañan su derrotero, configurando una crónica de experiencias. Esas voces tutelares —que cubren generaciones y tendencias diversas— inclinan la obra del lado del testimonio, forma evocadora, dialéctica por definición. Y más aún: en su diversidad de fuentes, este libro traza una estructura itinerante, pero asimismo reductible a contornos esenciales. De ahí que más de un comentarista lo haya descrito como un breviario, un vademécum con el que organizar el complejo proceso del pensamiento y las mitologías liberales. (Inciso: entiéndase el liberalismo como una ideología política y moral, no como una mera economía de mercado, competitiva y darwiniana).

En palabras del autor, se trataría aquí de unos hábitos, o mejor, de un credo democrático cuyos únicos artículos de fe son tres: el respeto a las leyes y a las libertades, la deferencia con la opinión ajena y el acotamiento del poder arbitrario. Todo ello sin perder de vista que en la historia ninguna conquista es definitiva y que

siempre nos acechan las intransigencias.

Preguntado por Hermann Tertsch, Krauze destaca una cita de T.S. Eliot en la que el inglés llega a una inspiradora conclusión: la humanidad admite o tolera muy poca realidad. Concluye el pensador mexicano que propendemos a negar la realidad. Aún soñamos con alcanzar una orilla tranquila de la historia donde vivir felizmente. Sin embargo, los acontecimientos del 11 de septiembre han cambiado esa percepción. Al decir de Krauze, «fuimos presas de la fantasía de que los valores de la libertad y la democracia, de que los valores más apreciados y apreciables de Occidente iban a predominar finalmente». Así, pues, la decepción se abre camino. Con todo, aún es posible el optimismo liberal, incluso en esa zona de contraste que surge entre la realidad y las esperanzas adquiridas al final del siglo XX. Aún más: «Iberoamérica no ha nacido predestinada a la democracia liberal, pero todavía no ha desesperado de ella. La democracia en nuestros países también es frágil, pero vigente. No creo que el mesianismo indígena vaya a mover multitudes».

Con dichas conclusiones en negrita, *Travesía liberal* discurre por cuatro tramos temáticos, cada uno con un rótulo definitorio: «La

historia no tiene libreto», «El orbe hispánico», «Odios teológicos» y «Destino imperial». Aunque en ningún momento perdemos el hilo filosófico del autor, la magnitud de la empresa se enriquece con el concurso de autoridades como Borges, Isaiah Berlin, Octavio Paz, Hugh Thomas, John H. Elliott, Bernard Lewis y Paul M. Kennedy. Sin tema forzado, sobre esa tertulia revolotea el ángel del ingenio y del hallazgo admirable. A través del diálogo, reconocemos la minucia del discurso ilustrado en Occidente; también sus vaivenes, altisonancias y desafíos. En cada caso, la inteligencia de Krauze sitúa al lector en el contexto más revelador.

Fidel Castro, la tiranía interminable, César Leante, *Editorial Pliegos, Madrid, 2004, 254 pp.*

No hay sentimiento político más rico en variaciones que el suscitado por un líder totalitario. A diferencia de lo que sucede en las democracias –venturosamente rutinarias, conciliadoras y maleables–, los regímenes dictatoriales permanecen orientados hacia un horizonte mítico, afantasmado y sentimental. La verdad del tirano es puesta al descu-

bierto en la adoración de sus fieles. En tanto el destino permita que perdure, el autócrata ha de ser visto como padre y como libertador. Su título dice por anticipado que en él se plantea la autoridad como decisiva para el porvenir nacional. Toda esperanza de progreso, aun la más liviana, proviene de él. En paralelo, la hostilidad del opositor a la dictadura –contra todo lo que designa la propaganda del régimen– exhibe un ardor que también se convierte en hábito. Obviamente, hay quien tiene que pagar su rechazo con el miedo y otras fatalidades. Pero no es raro que, sobre un telón de fondo ético, el brío sea equivalente en partidarios y detractores del Líder. En todo caso, aquello que para el simpatizante es comunicable –es decir, su lealtad a un Estado absoluto, fundamental y policia- co- ofenderá a quien no pueda comunicar sin peligro su contradicción. En la grieta intermedia aguarda una multitud silenciosa, que toma la debida distancia y se sitúa en el ángulo necesario para pasar desapercibida, a la espera de tiempos mejores.

Sin duda, esta gama emocional es aplicable al castrismo. Dentro de ese feudo, César Leante se sitúa del lado de la libertad. De hecho, su denuncia de los excesos totalitarios en Cuba consta en